

El legado de Groddeck en Frieda Fromm-Reichmann.



(Extracto del texto: **Salvar a una persona es salvar al mundo. La historia de Frieda Fromm Reichmann.** De Gail A. Hornstein. pp. 70-74)

Su amigo y colega Georg Groddeck tuvo un profundo efecto sobre el pensamiento de Frieda en esta época. Hijo de un médico de pueblo que dirigía un balneario, Groddeck había conocido ideas heréticas sobre medicina desde su primera infancia. El ídolo de su padre era el rebelde Ernst Schwenger, el médico personal de Bismarck, que desdeñaba las técnicas consagradas y adaptaba su método a la idiosincrasia de cada paciente. Tras la muerte de su padre y su propia educación médica, Groddeck fue a estudiar con Schwenger, quien le enseñó a “dudar de toda afirmación que no pudiera demostrar personalmente, a cuestionar toda cura que no pudiera reproducir, y a considerar al médico como un mero catalizador que activaba los procesos curativos”. Schwenger rara vez usaba medicamentos, y en cambio recurría a dietas, ejercicios, hidroterapia y masajes. Inaugurando su propio sanatorio en Baden-Baden, esa ciudad europea famosa por sus balnearios (donde el tratamiento de los trastornos nerviosos era una especialidad desde hacia tiempo), Groddeck desarrolló un método imaginativo destinado a estimular las reservas de salud ocultas en cada paciente.

Pronto los médicos de toda Alemania comenzaron a enviarle sus casos más desesperados. “Groddeck no curaba la enfermedad, te curaba a ti”, destacó un paciente agradecido. Frau A., una mujer septuagenaria que habría sufrido de dolores desgarradores por afecciones en los riñones y otros males, era un ejemplo famoso. Groddeck le recetó una extraña mezcla de dietas, baños de brazos, masajes y ejercicios. Horrorizaba a la pobre Frau A. cuando la masajeaba personalmente, arrodillándose sobre su abdomen. Demasiado débil para protestar, la anciana había tolerado el régimen. Cuando regresó a su casa un mes después -con 10 kilos menos, sin dolor alguno y pletórica de energía- le dijo a su médico: “Groddeck está loco de atar, pero me ha curado”.

A los 50 años, habiendo concebido la idea de que la enfermedad no era “una disfunción mecánica ni química de los órganos, sino una creación, un símbolo”, Groddeck comenzó a entablar correspondencia con Freud, con la esperanza de impulsar el psicoanálisis en direcciones más innovadoras. Si los histéricos podían “convertir” sus conflictos emocionales en síntomas físicos, argumentaba Groddeck, ¿por qué las llamadas enfermedades orgánicas no se podían tratar analíticamente? El Ello, como llamaba él al inconsciente, “se expresa tanto en una neumonía como en un cáncer, en una neurosis compulsiva o en una histeria [...] No hay diferencias básicas”, le escribía a un incrédulo Freud, “que nos obliguen a probar con el psicoanálisis aquí y no allá”.

Freud consideraba que Groddeck era brillante y siempre reconoció que su propio concepto del ello era una versión “civilizada, burguesa, desmitificada” del ello de Groddeck. La mayoría de los analistas, sin embargo, pensaban que Groddeck era demasiado desafortunado para formar parte del movimiento. El disfrutaba de su papel de *enfant terrible* del psicoanálisis, irritando al *establishment* con artículos que publicaba en un boletín llamado *Satanarium*, por el nombre que un paciente revoltoso había dado a su sanatorio. Conocido por privilegiar la experiencia clínica por encima de la abstracción libresco, Groddeck le preguntó una vez a un analista que peroraba sobre el método freudiano: “Usted habla mucho de erotismo anal; ¿alguna vez ha mirado un ano?”. Sosteniendo que el psicoanálisis se podía usar para tratar el cáncer, la

tuberculosis y las afecciones cardíacas, Groddeck decía que una enfermedad era como un sueño: tenía una apariencia manifiesta y un significado subyacente, latente. Los trastornos físicos eran tan simbólicos como las neurosis; en ambos casos, el médico debía analizar cómo se expresaba el ello e interpretar este sentido para el paciente.

Su visión del inconsciente era más reverente pero más optimista que la de Freud. En vez de concebirlo como una fuerza peligrosa que se debía controlar, Groddeck lo veía como un aliado constructivo que podía crear las condiciones para la recuperación del paciente. La enfermedad era una advertencia para no seguir viviendo de determinada manera. Pero como cualquier otra comunicación simbólica, era preciso interpretarla, y el médico podía contribuir en esto.

La única regla de Groddeck era utilizar cualquier medio que fuera necesario para activar la capacidad curativa del paciente. Trabajando incansablemente, viendo pacientes a toda hora seis días por semana, Groddeck se consideraba un servidor del ello, no un agente autónomo con sus propios proyectos. “Para la terapia no importa si la acción del médico es correcta o no -escribió en un importante ensayo clínico-. Sólo importa que el paciente utilice esta acción para ponerse bien”. La psicoterapia era uno de los muchos métodos que se podían utilizar; no había nada sagrado en sus reglas, al margen de lo que afirmaran los analistas.

Declarando que ningún paciente estaba más allá de toda esperanza, Groddeck le dijo a Freud en una carta. “El fracaso se debe al médico. No es inherente a la enfermedad”. Como escribiría un admirado estudiante, tenía “un asombroso éxito con pacientes que sufrían síntomas crónicos, y que otros habían considerado incurables. Si ya estaban mortalmente enfermos, él los revivía con su coraje, y batallaba con la muerte hasta último momento”. La mayoría de los analistas consideraba que Groddeck era un delirante con ideas extremistas (reiteradamente pidió a Freud, por ejemplo, que fuera a Baden Baden para tratar psicoanalíticamente su cáncer de mandíbula). Pero los rebeldes como Ferenczi, Horney y Fromm lo consideraban un genio -Ernst Simmel lo llamó “un fanático de la causa de la curación”- y nadie admiraba su trabajo más que Frieda.

Se conocieron en los años veinte, en circunstancias ignotas. Cuando en 1930 ella y sus colegas de Frankfurt y Suiza formaron el Grupo de Trabajo Psicoanalítico Alemán del Sudoeste, invitaron a Groddeck a dar un discurso inaugural. Frieda lo visitaba con frecuencia en Baden Baden después de mudarse a la cercana Heidelberg. “Nada que se haya publicado en psicoanálisis -le escribió en 1933- me habla tan directamente, de manera nueva y familiar al mismo tiempo, como los libros de usted”. Consideraba que las visitas de Groddeck eran “el centro de mi vida en Heidelberg”, y mantenía una provisión de cigarrillos americanos, a los que él era adicto, para alentarlos a permanecer más tiempo. El psiquiatra suizo Medard Boss parecía estar pensando en Frieda cuando escribió, en un homenaje a Groddeck: “Su gran conocimiento e impresionante poder fascinaban a las mejores mentes, atraídas al círculo de su influencia como por arte de magia”. Más tarde, examinando la influencia que él había ejercido durante el tumultuoso período que siguió al ascenso de Hitler, Frieda le diría a Groddeck en una carta:

En tiempos como estos una hace una especie de balance psíquico, y así he comprobado una vez más, con honda gratitud, cuánto he podido aprender de usted, en lo que hace a escuchar con atención, a la intuición para todas las formas de expresión del ello, a la humildad frente a la irracionalidad y al escepticismo frente a la ciencia (torpe expresión de todo lo que trato de abarcar aquí), y también respecto de mi objetivo principal, servir a la gente a través de la terapia.

Frieda nunca quiso emular el desparpajo de Groddeck ni el sarcasmo con que éste trataba a la comunidad psicoanalítica. Pero adoptó con entusiasmo su iconoclasia, la cual, despojada de sus excesos, concordaba con su propia concepción de la enfermedad. La convicción de que el paciente poseía el potencial para curarse coincidía con su propia ambición, y la fe inmovible en los poderes curativos del organismo reforzaba gran parte de lo que ella había aprendido con Goldstein y Schultz. Ante todo, Groddeck le confirmaba que la técnica era solo un medio para un fin. El objetivo era ayudar al paciente, no permanecer leal a un método. Como había señalado otro admirador de Groddeck: “El destino de sus pacientes le importaba mucho más que el de sus teorías”. Y a pesar de sus notable diferencias -Groddeck era un hombre robusto, enérgico y

arrogante que se presentaba como el médico a quien era preciso obedecer; Frieda una mujer menuda y judía que se presentaba como la estudiante ávida-, ella sentía en su interior el mismo talento curativo que él tenía. “La enfermedad era su adversario, y él peleaba para ganar”, escribieron los biógrafos de Groddeck, y Frieda compartía esta obstinación.

Nunca creyó que el cáncer pudiera curarse con psicoanálisis, como proclamaba Groddeck, pero admiraba su negativa a trabajar dentro de los límites establecidos y se sintió alentada por sus experimentos. Groddeck siempre había admitido su tendencia a evitar las distinciones tajantes, y en una carta le escribió a Freud: “Yo no veo límites entre las cosas, sólo que chocan unas con otras. Es un error, pero también tiene grandes ventajas. Las mentes sistemáticas necesitan personas como yo, como la pizca de pimienta que realza el plato”. Demasiado respetuosa de la autoridad para desafiar las reglas por su cuenta, Frieda se apoyó en el espíritu combativo de Groddeck para sostener que sus propias innovaciones, que de otra manera habrían parecido radicales, eran sólo modificaciones menores.

En los años veinte, mientras se mudaba de la clínica de Goldstein a Weisser Hirsch y luego a Berlín y Heilderberg, Frieda comenzó a forjar una síntesis entre las diversas perspectivas que había estudiado. Imbuida de lo que Arnold Zweig llamó “el espíritu del estudiante eterno, que conoce la imperfección del conocimiento y la elevada y apacible alegría que surge de honrar a grandes maestros”, trató de aprender todo lo que podía con cada nueva experiencia. Cuando se independizó, dos principios regían su método: utilizar lo que funcionara con cada individuo y usar la capacidad curativa del paciente como guía para el tratamiento.

Salvar a una persona es salvar al mundo. La historia de Frieda Fromm Reichmann. De Gail A. Hornstein. Editorial Andrés Bello. 2001. pp. 549.

Volver a Actualizaciones Georg Groddeck
Volver a Newsletter 14-ex-40